RAFAEL COURTOISIE





Rafael Courtoisie



LA FIESTA RARA

Rafael courtoisie

La fiesta rara



Colección
Lima Lee




RAFAEL
COURTOISIE

Rafael Courtoisie

Ha sido profesor de Literatura Iberoamericana y Teoría Literaria en el Centro de Formación de Profesores del Uruguay; de Narrativa y Guion Cinematográfico en la Universidad Católica del Uruguay y en la Escuela de Cine del Uruguay. Ha sido profesor invitado en Florida State University (Estados Unidos), Cincinnati University (Estados Unidos), Birmingham University (Inglaterra) y la Universidad Nacional de Colombia, entre otras.

Es autor de la «Antología Plural de la Poesía Uruguaya del siglo XX» (Seix Barral, 1995), de la *Antología de la poesía uruguaya del siglo XX* (Editorial Visor, Madrid, 2010); junto con Basilio Belliard, de la antología «Plata Caribe» (en *Poesía Dominicana y Uruguaya del siglo XXI*) y de la «Antología de microrrelatos uruguayos del siglo XXI» (2011), entre otras.

Dos antologías de su obra poéticas son *Palabras de la noche* (Caracas, Monte Ávila, 2006) y *Levedad de las piedras* (Roma, 2015). *Tiranos temblad* (edición del Ministerio de Relaciones Exteriores, Montevideo, 2010) reúne su poesía en prosa e incluye un ensayo introductorio y una detallada cronología y juicios críticos sobre su obra. La Universidad de Nuevo León (México), en conjunto con Versus y Posdata ediciones, ha publicado una edición corregida y aumentada de *Tiranos temblad* (México, 2011). Parte de su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano, portugués, rumano, uzbeco, bosnio y turco, entre otros idiomas.

La fiesta rara

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuéllar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

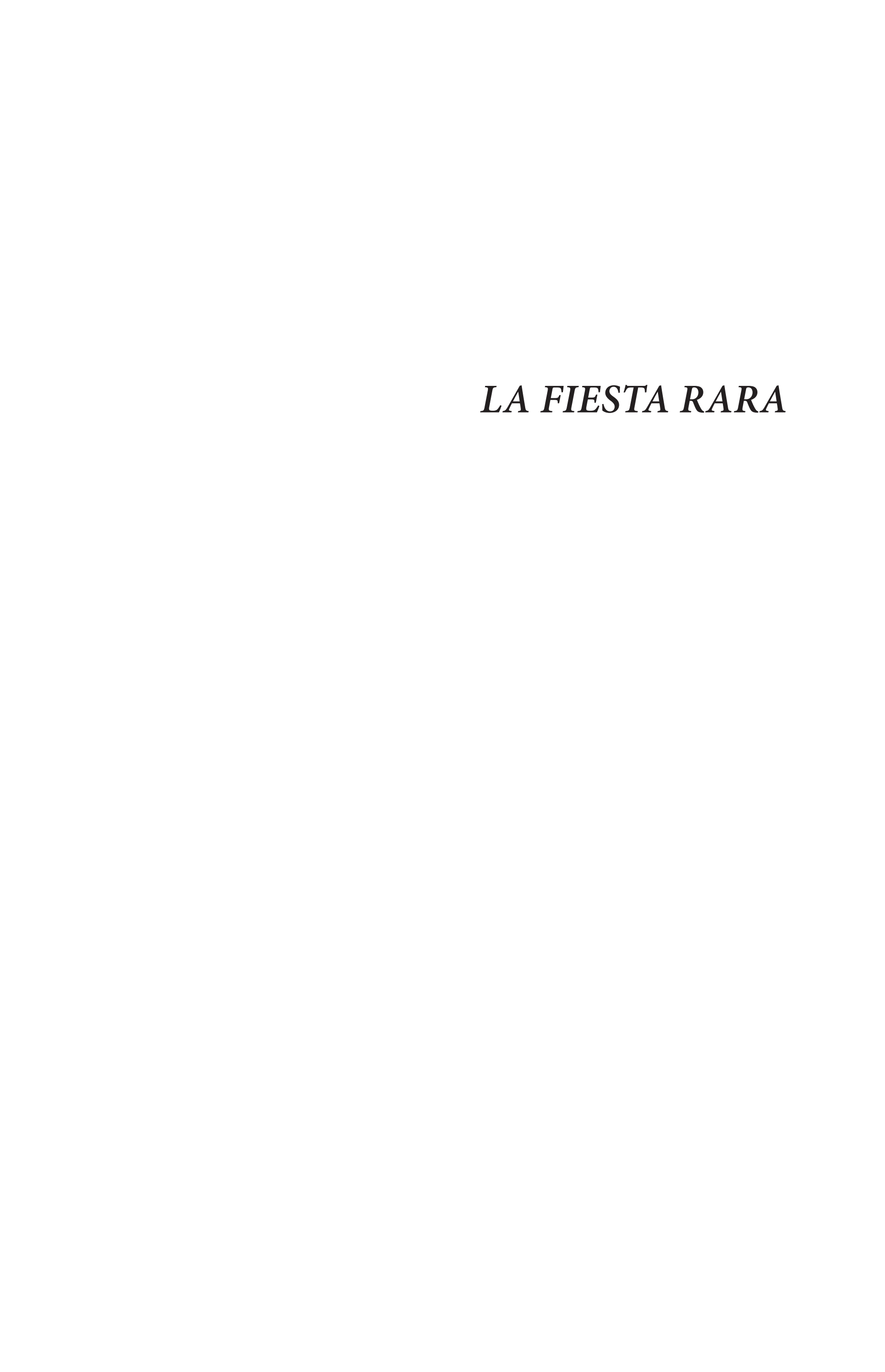
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LA FIESTA RARA

MEDITACIÓN ACERCA DE LA NARANJA

Cabe en la mano.
No es su peso módico lo que asombra, ni su condición esférica que comparte con muchos otros seres del universo (planetas y lunas, gotas de angustia en el pensamiento) lo que primero convoca la atención.
Uno de los aspectos más significativos de la naranja es su piel, su piel que imita a la perfección la piel humana, sus poros, su incipiente celulitis, su hermosura al tacto, la calidez del color que ven los ciegos al tocarla.
Bien haríamos los videntes, quienes aún poseemos la maravilla y el horror de la vista, en cerrar los ojos para acercarnos con las yemas de los dedos al alma superior de la naranja, que reside en su piel.
Busquen una naranja (esta es una buena época para encontrar los mejores especímenes de esta fruta viva).
Cierren los ojos.
Acaricien.
Tienen un ser vivo en sus manos.
Sostienen un secreto que proviene del Jardín de las Hespérides.
Vibra sutilmente su piel, y debajo de la piel los gajos,

y dentro de los gajos el jugo, y disuelto en el jugo un pensamiento bueno, un deseo como de vivir, de gozar, de estar despierto.
Sigan tocando: ¿sienten en el interior la presencia extraordinaria, apretada, de las semillas?
Una constelación de naves marinas, de embarcaciones diminutas, repletas sus bodegas de mensajes, embarcaciones que están diseñadas para navegar lo profundo de la tierra, el *humus*, hasta germinar y, con suerte, convertirse en brote, en tallo, en árbol y, al fin, multiplicar esas tetas redondas que caben en la mano y cuyo jugo, en el futuro, renovará el misterio de otros, las ganas de vivir, el goce de sentir sed.

MEDITACIÓN TEMPRANA SOBRE EL APIO

La hermosura del apio, su cabellera verde al tope de ese río de juncos verticales, hace pensar que, más allá del género gramatical, se trata de una hembra taxativa.
El apio es una mujer verde, vegetal, alta, delgada, múltiple, flexible, pero hasta cierto punto.
Si se le exige en exceso, antes de obedecer, se parte.
Se rebela ante la estúpida mano masculina que, exenta de delicadeza y cuidado, pretende someterla en la cocina.
Se quiebra antes de ser doblada por completo.
No admite yugo o esclavitud.
El apio es una mujer desnuda, libre en la murmuración de la huerta.
Solo la sabiduría y el deseo, en su punto justo, en su exacta medida, hacen que ceda, goce y deleite.
Pletórica de tallos invaginados, presenta tegumentos curvos hacia dentro, sin cerrarse del todo, como si ocultara un secreto y buscara exhibirlo a la vez.
Esa desnudez elegante, crespa en su parte distal, no parece poseer las formas globulosas tan comunes en las hembras de otras especies.

Algo gatuno y botánico, esa sugerente invaginación de cada junco, el haz de tallos que convergen en el nudo central y blanquecino, glúteo, justo sobre la línea oscura de la tierra, como si las caderas y nalgas del apio disfrutaran del roce afectivo con el *humus*, definen la femineidad y la estrella, la condición esotérica del sexo.

UNA PIEDRA DE SAL

Sobre la mesada, sobre el mármol veteado de la cocina
un témpano absoluto, una joya, un diamante se disuelve.
«El ciego sol se estrella / en las duras aristas de las
armas», dice Manuel Machado en un poema exacto
sobre *El Cid* (Manuel es el hermano de Antonio, o
Antonio es el hermano de Manuel, como bromeaba
Borges).
Pues el ciego sol se estrella en esta piedra de cristal
de cloruro de sodio y alegría, en este témpano donde
el halógeno y el alcalino matrimonian, maridan, se
enlazan «para siempre» hasta que los separa una gota,
una sola gota de agua, una tormenta, un diluvio o un
litro, da lo mismo.
«Para siempre», en ocasiones, dura poco.
Quien divorcia al cloruro del sodio es la humedad
ambiente, las soluciones acuosas, el viento de la envidia,
los humores de la carne cortada, la savia de los pétalos
de lechuga, las lenguas decididas de la espinaca, las
inmensas plumas de las acelgas aladas sumergidas en la
olla.
La linfa de la calabaza, el pensar humano en la
preparación del caldo, el significado de la sopa, la

entropía del guisado, el entrevero de esmeraldas comestibles o arvejas vespertinas, la albúmina nívea y los secretos amarillos encerrados en la yema, en la gema del huevo de gallina, hacen que el grano de sal, como entidad o ser individual, unívoco, desaparezca.
En su lugar queda solamente el sabor, el eco transparente, una sola nota del manjar del pentagrama, la música que se escucha con la lengua.
La luz, al atravesar la piedra de sal, se abre, los flecos de la luz forman el espectro visible y el invisible.
En la parte invisible están las palabras.
En las palabras, el alimento del poema.
El poema tiene gusto a mar, a lágrima, a sudor sagrado.

MÚSICA ÍNTIMA Y LAVÁNDULA VERA

El silencio de sábado muy temprano hace amanecer la música en los seres domésticos, animales y plantas que habitan en la *domus*, en la casa (*parva domus*, casa pequeña, corazón grande); les doy de beber —en la oscuridad que ya comienza a retroceder— con una regadera de metal, de las antiguas, amplia y de pico en ángulo, a las dos lavandas que dispuse en el frente de casa: una enorme, otra un poco más pequeña, pero firme como una guerrera azimutal, señalando aquella estrella que nos guía en el empíreo, al fin de la madrugada, y señala el comienzo del día.

Ambas, florecidas vehementes, sus espigas esotéricas conforman una suerte de trigo violeta, cuyo poder no se transforma en harina de pan para comer con la boca, sino en fortaleza que alimenta los buenos pensamientos, el puño cerrado y abierto en sístole, en diástole, del corazón con que vivo («cardo ni ortiga cultivo», decía José Martí; cultivo una lavanda sana).

La lavándula vera, así su nombre latino adaptado a la prosodia castellana por la oportuna introducción de una tilde (probablemente procede de Linneo, pero no puedo

asegurarlo con certeza), ahuyenta los espíritus aviesos,
no los deja penetrar en la casa, los aleja o al menos,
en parte, los inhibe. Rechaza o morigera los hechizos
de la pulsión biliar o estulta proveniente de quienes
debemos amar de todas maneras, porque son hermanos
y hermanas en la vida.
Lavándula vera: trigo raro.
Además su fragancia, cuya música atrae la voluntad
de los gorriones, hace bailar las piedritas del jardín,
aplicadas, jocundas.

UNA MIGA DE PAN

Antes de abandonar la mesa, un sistema planetario se dispersa en el mantel.
Al retirar el plato, las migas siguen su contorno ausente, el arco de circunferencia que dibujaba la losa cuando estaba aún con alimento humeante y cercado por esa escolta asesina y asimétrica del tenedor a un lado y del cuchillo del otro.
Casi siempre el cuchillo, el más feroz, a la derecha.
El tenedor, su cómplice sibilino, su pareja secreta, se ubica a la izquierda.
Parecen opuestos, pretenden pertenecer a extremos de ideología y fines
diferentes.
En el fondo son aliados, se unen o se cruzan sobre la ofrenda alimentaria para conseguir el mismo fin.
Colaboran, se ayudan. Son cómplices.
El tenedor a la izquierda para disimular, para completar, para expresar oposición ideológica y de forma retórica frente a la moral conservadora del cuchillo.
El cuchillo a la derecha, autoritario, amenazante, tirano.
El tenedor, solo en apariencia más tolerante, a la izquierda, es feroz de otra forma: su dentadura metálica,

su mordedura de cuatro dientes se hunde en las perlas de las arvejas, atormenta la blancura de las papas, pincha la rodaja de pepino y la hostia roja del tomate entristecido es ensartada sin que hesite ni suspire.
El cuchillo corta, el tenedor persigue, encarcela, atrapa.
Ambos están de acuerdo.
Trozan, parten, separan, descuartizan, acarrean, aprovechan la combinación del filo rectilíneo con las rejas curvas del tridente de cuatro dientes, demoníaco, que pinza y atrapa, que es cárcel aunque sutil, de aire más civilizado, casi artístico, *petit bourgeois* seudorevolucionario, aristócrata y lumpen, todo a un tiempo.
Tenedor y cuchillo son herramientas monstruosas.
Criminales. Sicópatas. Autores de delitos de lesa humanidad.
Pero ya no están sobre el mantel: fueron quitados de la vista condescendiente de los comensales, retirados encima del cadalso, del plato sucio de gotas de grasa e ignominia. De restos de cadáveres del almuerzo.
Queda solamente el sistema planetario de las migas, y entre las migas una que, tomada entre los dedos, semeja el misterio rumoroso y pleno de la luna.
Una miga: un trozo de la carne de Cristo cercano al

anillo de vino que decora el fondo del vaso con su sangre, fruto de la vid y del trabajo del hombre.
La miga, «esa» miga: un pedazo redondo de conciencia irá, al fin, a parar a la basura, como algunas promesas y el hálito levísimo del Espíritu Santo.

MEDITACIÓN SOBRE EL VESTIDO

La palabra «desnudez» está cubierta de signos, vestida
de letras, oculta por velos de sonido.
La palabra «desnudez» engaña: es una de las palabras
más vestidas, arropadas, cubierta por sus propias sílabas
y por telas de seda o lino de adjetivos, verbos, adverbios,
artículos y adyacencias en general, que le tapan el rostro
del sexo, cubren sus partes pudendas, sus «vergüenzas»
sintagmáticas.
La «desnudez» sugiere, muestra pero sin exhibir.
El higo genital de su género gramatical femenino y la
expresión colgante de su evidente badajo masculino
que procura disimular entre los pliegues lingüísticos
constituyen la falacia de falsa oposición, el oxímoron
secreto de algunos sustantivos.
A pesar de lo que diga el diccionario, «desnudez»
pertenece, según el caso, tanto a un género como a otro,
y se mueve entre ambos con una liviandad que asusta.
Los extremos —que en otras lenguas son neutros,
asexuados— aquí se muestran insinuantes,
ambiguos, tientan en grado mayor o menor, según el
temperamento del hablante.
Cuidado con la palabra desnudez.

Quien la pronuncia lenta, delicada, siente, en la punta de la lengua, ganas de envolverla y abrigarla.

MEDITACIÓN ACERCA DEL LIMÓN

El limón con su ruido ácido.
Su melodía, apenas como un sol vegetal apretado, adelgaza la voz del té.
Su silbido agrio flocula la leche, la hace digerible en grumos, logra que dentro del recipiente antes homogéneo, inmensamente blanco, se ponga a nevar, separa el suero de los copos, la verdad de la mentira, el fin de los medios.
El silbido del limón, como el soplo de un viento finísimo en invierno, desdobla el misterio segregado por las ubres de la vaca en partes de naturaleza diferente: una se parece al mar primigenio, amniótico, y otra a una galaxia láctea, alimenticia, coagulada en el mundo del vaso.
El jugo y la apariencia del limón es un sonido amarillo, persistente.
Su voz se escucha en la lengua, dentro del templo del paladar.
Mientras el aceite de oliva abriga la ensalada, la canción del limón hace tiritar a la lechuga, alza la sangre del tomate y permite que la sal traiga el oleaje, una lengua erizada de mar hasta la orilla del plato.

La música del limón es de una hermosa violencia: un sol cortado a la mitad se aprieta en la palma de la mano.
Su invencible debilidad derrota la tristeza.

ANALGESIA

La palabra «dolor», con su agua estancada, su pelambre gris y su grueso intestino ciego, con su larga cola de novia viuda o gasterópodo, es necesaria para nombrar la sombra que se arrastra detrás de la luz, la sombra de la realidad y los pedazos de ser que se pierden en el camino.
El dolor y la palabra «dolor» desafinan, lastiman el alma del cuerpo y alimentan el frío de otras palabras.
Pero el árbol de la calle, frente a la ventana de casa, se llena de pajaritos, de mañana y de tarde.
Picotean el dolor como si fuese alpiste.
Comen las piedritas, las semillas negras, absurdas, las putas torvas letras de la palabra «dolor».
Y cantan.

USOS DE LA BOCA

La mirada del silencio sobre las palabras de esta noche.
Siento sed, una sed inagotable. Voy a buscar un poco de agua.
En la cocina un plato limpio en el escurridor parece un sol de losa, blanco, redondo, impoluto.
Reluce.
Y pensar que ayer, durante la cena, ese mismo plato ahora impecable, ahora limpio como un jaspe, sostuvo un trozo de carne ensangrentada, humeante, horizontal sobre la mesa del comedor, sobre la mesa austera, preparada como un altar para el sacrificio.
La jarra de agua, la panera, la caja de cartón con las servilletas de papel, descartables.
La bandeja como una patena. Los vasos de vidrio como cálices.
El cuchillo destazó y el tenedor llenó la boca de horror en cada bocado.
La misma boca que mañana en la mañana va a sonreír, va a besar, va a decir, ufana, oronda, la palabra «ternura», la palabra «amor», la palabra «caricia».
Estos dientes míos que mordieron, estos molares que desgarraron, sin escrúpulos, una parte viva del mundo.

Esta lengua que ahora, en la pradera inmensa de la noche, murmura: «te extraño, te pienso, ¿dónde estás?». La misma boca, llena de sangre.

ANATEMAS, INSULINA

1
La palabra «páncreas» segrega un sonido que transforma la miel en el primer signo que dibujan en el aire las abejas para indicar la posición del sol, y en la última palabra, la que queda en la boca antes del largo beso de la oscuridad sobre la Tierra, ese glúcido poderoso que aprendices y funcionarios llaman, como si fuera tan simple, tan fácil de pronunciar, sencillamente «atardecer».

2
La sacarosa es nieve.
Se disuelve en el café, se disuelve en el té.
En la muerte también se disuelve:
queda su boca ciega
la canción no se escucha.

La palabra «azúcar» es una fruta blanca
en el desierto de la mesa del comedor.
Cuando no hay nadie, encerrada,

herida por la cuchara,
canta.

3
«Almíbar» es una mujer árabe
completamente desnuda
jugosa, húmeda,
sin velos.

CUADERNO DE UNA SOLA ANOTACIÓN

Acabo de encontrar, en el ejemplar más antiguo que tengo de *Rayuela*, un boleto de ómnibus de Montevideo, creo —por el tiempo en que compré ese libro y los trayectos más comunes que hacía en el siglo pasado, cuando daba clases de Matemática— es de la línea 116.
El boleto es capicúa.
No voy a revelar el número aquí.
Primero: se lo voy a llevar a mi amigo, especialista en cábala, para que me lea lo que está cifrado (es un mensaje importante, seguro).
Segundo: (¡no olvidar!) jugar a la quiniela, a la cabeza, a los cinco, a los diez.
Tercero: jugar al Cinco de Oro (tomar parejas de los números, tomarlos de a uno y en parejas, tomarlos en parejas y de a uno).
Cuarto y último: seguir jugando aunque no sea por plata ni en juegos de azar, jugar simplemente, jugar toda la vida, como un niño.
Es la mejor —tal vez la única— manera de ganar.

ATAVÍOS

Una mujer en invierno, cubierta de telas de algodón, de lana, de telas de fibra sintética, botas, bufanda, gorro, guantes, mitones, medias de *lycra*, acerca la piel a una desnudez total, metafísica, a una desnudez que de tan oculta, guardada y embalada, exhibe su belleza, su impudicia pura, solo en las palabras de este poema que se hace transparente en las partes que adivina, conjetura, infiere, a través de las sucesivas capas que protegen del frío, las curvas, los montes vivos, el terciopelo de hierba que se humedece tibia allí dentro. La pupa viva guarecida en su seda intangible, finísima, bella como una fruta en su piel, bajo los labios menores, abierta como la boca de abajo de un higo moral, despierta y dulce, grata, sagrada como un templo, como una dádiva de carne espiritual y trascendente, tierna en una palabra.

BOTÁNICA FUNÁMBULA

La noche crece en el día.
Las raíces de la noche se hunden en la luz de la mañana, en la luz de los deseos y en el pan del desayuno: un sol sobre la mesa tibia de la Tierra se cubre de palabras arduas.
La noche entierra los recuerdos.
Las raíces de la noche bajan hasta el agua fresca.
La noche bebe pensamientos, nutrientes de los tejidos de la vida.
La noche se come las palabras diurnas.
El amor de la tarde. El hablar de las certezas.
La energía oculta en el café, en la esperanza, en las manzanas.
La noche es un árbol que atraviesa el cuerpo del día y florece después, cansado el atardecer de la tibieza.
Pura oscuridad, a veces.
Otras, caricias y susurros.

ETIMOLOGÍA, INFANCIA DE LAS PALABRAS

Me acuerdo de la palabra «rodillas», de la palabra «pie» y de la palabra «pelota».
Las palabras se entienden entre ellas, aunque, a veces, «las palabras no entienden lo que pasa».
Apenas sabía leer en ese entonces.
Jugaba, marcaba, *dribleaba*, pateaba y gol, ¡golazo!
Caía de rodillas para celebrar.
Las rodillas raspadas, tibias, sangraban a veces sobre el pedregullo del campito, del *field* o de la cancha.
Ahora sé leer. Tengo un diccionario inmenso, inacabable, *on line*.
Dentro del diccionario la palabra «pie» y la palabra «pelota» se encuentran, chocan, se golpean con velocidad y cierta elegancia, serena violencia.
Yerro.
«Erro» el tiro. «Marro».
La trayectoria se tuerce, se desvía.
Tiembla, falla la palabra «rodillas» (las dos ahora son una, apenas un plural de la gramática, un accidente simétrico de la anatomía, un par de lunas para el reuma,

una estrella doble de la artritis).
Pero en la palabra «niño» crezco.

En la palabra «niño» la vida es para siempre.

MEDITACIÓN SOBRE UN ANILLO PERDIDO Y ENCONTRADO

No sé de quién es, o si lo sé no quiero admitirlo, o si quiero admitirlo hay algo, una parte de mí, que acaba de empañar ese nombre en la memoria.
Sé que está ahí. Sé que hace mucho tiempo busqué el anillo, sé que ella se lo había quitado, junto al reloj, una pulsera de cuero trenzado y unos pendientes.
Los pendientes eran de coral o parecían haber empleado coral en una parte que se sostenía del metal o se engarzaba en una especie de elipse de metal. Brillaba esa parte (¿plata, acero inoxidable?).
Al irse se llevó todo, se lo volvió a poner, como quien realiza un acto común y corriente, rutinario y banal, como si no hubiera pasado nada.
Pero a la noche, cuando atardecía, me llamó al celular y me exigió el anillo.
«Estoy segura de que lo dejé ahí», afirmó: «Búscalo, tiene que estar».
Lo busqué. Primero donde ella me indicó. Luego, por si se hubiera caído, revisé el piso, los alrededores. Luego el resto de la casa.

Busqué en la cocina, en el baño, en cada rincón de la sala.
Recordé que ella había sentido sed, había ido hasta la cocina, había abierto la heladera y se había servido un vaso de té helado sobre el que exprimió medio limón y saturó de edulcorante dietético: quince bolsitas, el contenido de quince bolsitas para un solo vaso de té con limón.
Cuando recordé eso, abrí la heladera y saqué todo, todo, todo: las lechugas, los tomates, las manzanas, los *sachets* de leche descremada, un *sachet* de yogurt que estaba pasado (lo tiré), un frasco de aceitunas rellenas de pimiento o morrón rojo, un frasco de *ketchup* (detesto la *ketchup,* me recuerda la sangre inútilmente derramada que aparece todos los días, a toda hora, en la calle y en la televisión, en la radio y en las redes sociales), la salsa *catsup* o *ketchup* o como sea, parece que se está burlando de tantos muertos, de tantos heridos, de tanta maldad estulta. Para peor es dulce o agridulce y, en ese punto de sabor, agrega sustancias tal vez nocivas, compuestos químicos, benzoato y otros conservantes que aumentan la crueldad de la burla, que hacen que cada bocado de hamburguesa recuerde la matanza de cada hora, de cada día, que nos convierta, a

la hora de almorzar apurados, en caníbales simbólicos, en militantes de la indecencia y el voyerismo global. Parece que nadie se da cuenta de que el frasco de *ketchup,* sobre la mesa, representa la arbitrariedad y el martirio, es la metáfora de un mundo que muchos dicen rechazar mientras mascan sus salchichas, sus *nuggetts*, sus discos de carne molida tapados por una hoja de lechuga ensangrentada y un pan como mortaja.

¿El anillo?

Lo encontré hoy. Sí, hoy viernes, de mañana, mientras buscaba un par de medias limpias en el cajón de la cómoda: ahí estaba, vacío. Sin el dedo que alguna vez lo habitó.

Llamé por teléfono. La llamé a ella, a ella, de quien ahora no recuerdo su nombre.

—¿Qué anillo?

—El tuyo, el que perdiste, ¡el que me exigiste que buscara!

—¡Yo no perdí ningún anillo! ¡Y menos en tu casa! ¿Me despertás a esta hora por tamaña boludez?

—Creí que era importante para vos.

—Pavadas. Es un pretexto.

—¿Un pretexto? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Para invitarme a salir. Hoy es viernes. Se ve que no

encontraste a nadie y te acordaste de mí. ¿Qué pasa? ¿Todas esas putitas que tenés están ocupadas? ¿Ya no te dan bola?
—¿Qué decís? ¡No hables así! ¡Ninguna putita! Nadie. Estoy más solo que las doce en punto.
—¿Por eso me llamás a mí?
—Nada que ver. Te llamo porque encontré el anillo.
—Yo no perdí ningún anillo. Estás de la cabeza.
—OK. Ta' bien. ¿No querés el anillo?
—Mira, imbécil, el anillo te lo podes introducir en el...

Aquí concluye el ejercicio espiritual de hoy.
Creo que el anillo es de oro. Voy a ir a la iglesia de la otra cuadra, a la hora de la misa, y voy a depositarlo en la canasta de mimbre de las limosnas.
A alguien le va a servir su miseria bruñida.

LOCUCIONES

«¿Quién me iba a decir que el destino era esto?».
La pregunta puede leerse en uno de los *Poemas de la oficina* de Mario Benedetti, escritos y publicados a mediados del siglo pasado.
Y viene a cuento porque agosto trajo una parte rota de destino que definitivamente no encaja con las otras partes.
El destino es así: un *puzzle* cuyas piezas de bordes romos no están bien diseñadas, queda una separación, una grieta, una luz oscura entre una parte y otra del mosaico.
Habrá que empezar de nuevo.
Dejar pasar agosto.
Y luego, más tarde, hacer otra pregunta o la misma, una pregunta retórica, cuando los yuyos que crecen en el baldío de enfrente empiecen a florecer con timidez de párvulo o lentitud de dicotiledón de germinador escolar, regado por cuentagotas.
Para septiembre falta la eternidad de agosto.
Para mañana, la eternidad de hoy.

ADDENDA A LOCUCIONES

A ver, a ver, la eternidad es breve.
O inmensa, dura lo que uno desea en verdad.
Y es una hermosa palabra con dos «e», una «i» y una «a».
Por la boca abierta de la «a» el tiempo se ríe a carcajadas de la eternidad.
Ahora que pienso: la palabra «carcajada» es pura «a», una multitud de vocales alegres, abiertas, aliterativas.
Besen la boca dulce de la «a»: el tiempo desaparece.

INVIERNO, HEMISFERIO SUR

El frío es un espejo de la necesidad.
Se acabó la leña.
Nada. Ni una astilla.
Estoy rodeado de libros, la mayoría de poesía. Y novelas.
Algunos tomos voluminosos, algunos dedicados:
Walcott, Pamuk, Gelman, José Emilio, Mario, Nuno Júdice, Lêdo Ivo, Nicanor, Blanca Varela, María Mercedes Carranza, Tonio Cisneros, Gonzalo Rojas, Charles Simic.
Pero hace mucho frío y se me acabó la leña.
Otros títulos tienen una historia imposible de encender.
Recuerdos incombustibles.
Los que me regalaste vos. Ni siquiera te acordás, ¿eh?
¡Sí, a vos! ¡A vos te hablo!
¡Son los peores de todos!
No voy a nombrar títulos ni otros datos. Los pobres autores no tienen la culpa de tus obsequios. Además, en su momento, yo los acepté. ¡Y sonreía!
En todo caso la culpa es mía, no de ellos por escribir y publicar.

No hay leña. Está helado. Estoy rodeado de versos de papel.
El papel es combustible.
Fahrenheit, de Bradbury. También lo tengo. Las hojas amarillas.
Es una vieja edición barata. Editorial Minotauro.
Todos los demás títulos del viejo yanqui que tanto admiré en mi adolescencia. Ray Bradbury completo.
Raymond Carver, Philip K. Dick en económicas ediciones en su idioma original. *Les chants de Maldoror* debe quemar muy bien y mantener la fogata, como un trafoguero.
Una temporada en el infierno.
Brrrr.
¿Qué hago?
Dos buzos de lana, dos pantalones, guantes, gorro. Tres pares de medias, la izquierda del último par agujereada, herida en el talón. Debe haber pertenecido a Aquiles.
Brrrr.
Elijo a Rilke. *Cartas a un joven poeta*. Ya no me será muy útil. Ya no soy joven, al menos. Tal vez ya no poeta.
La boca abierta, apagada, sin lengua de la estufa tiene un hambre atroz.
«Dame de comer», grita en silencio, helada.

Brrrr.
Elijo a Rilke. Enciendo un fósforo.
Lo enciendo y lo apago.
Me pongo a leer.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO I

Ahora, queridos, no es una palabra, son cinco, cinco que en su conjunción planetaria dentro del lenguaje, dejan la Luna y Mercurio en cuadratura, hacen que Júpiter entre en Escorpio, pero de mala gana, de mala manera, como si sus modales se hubieran perdido en una noche de borrachera y orgía en la corte del rey Jerjes, justo antes de enviar, al día siguiente, otra camada de soldados de su ejército al muere («El general Quiroga va en coche al muere», titula Borges uno de sus magníficos textos). Una enormidad de cuerpos vivos al muro mortífero espartano, con elefantes, rinocerontes, leones y mulitas (pequeñas pero feroces), armadillos, bestias rabiosas todas, armadas a guerra y sin conciencia.

Ahora, queridas, queridos, no se trata de una palabra: es un quinteto, cuya constelación deja en el cielo a Marte en la casa de Sagitario, con lo que le quita a Libra lo que Libra tiene de equilibrio y, en cambio, otorga a Géminis una exacerbación de su dualidad que la psiquiatría clásica llamaría esquizofrenia o partición, fractura severa de la madera de la personalidad.

Se trata de cinco palabras que, en su orden, forman un

conjunto de secuela infinita y oscura, aunque bella, muy bella en su decir:

«Como abrazado a un rencor».

Sí, claro, es de un tango, un tango que Gardel nos canta al oído algunas veces.
Me tapo las orejas con las manos.
No alcanza.
Imito el gesto del personaje de Homero (y de Joyce) y me pongo tapones de cera en los oídos. Bah, en realidad no son de cera, son tapones de silicona especialmente fabricados para usar en piscinas, albercas o *pools*, según se quiera. Ingenios transparentes de silicona, para proteger los tímpanos.
En este caso procuran protegerme de la magia turbia de la poesía de esas cinco palabras juntas:

«Como abrazado a un rencor».

No alcanza.
Gardel canta dentro de la cabeza. ¡Y qué bien canta!
Aunque hubiera nacido sordo, también lo escucharía.
Aunque me arrancara estribo, yunque y martillo, y

jugara a la payana, a los cantilos, con esos menudos huesecillos, también lo escucharía.
Aunque me cortara la cabeza de a poquito, con un cuchillo *tramontina*, traído desde Brasil, serrado, inoxidable, nuevo, aunque me cercenara hasta desprender la testa por completo del tallo de su cuello, también lo escucharía.
Tan bellas, siniestras y tentadoras suripantas son esas cinco palabras que envuelven el color del sentir, y lo oscurecen sin remedio:

«Como abrazado a un rencor».

Hermoso verso. Hermoso, pero tóxico.
Es un problema, pero no tan peliagudo como parece.
Se puede resolver:
me quedo con el abrazo solo, puro.
Dejo marchitar hasta que se vuelva polvo, mas polvo enamorado, el hueso del rencor.

MUCHOS Y POCO

A quien está solo la palabra «muchedumbre» le trae un rumor desde el otro lado del mundo hasta la orilla de náufrago donde subsiste y otea un horizonte aciago.

Se lo trae el oleaje de la calle, el viento, los sonidos que hacen las hojas caídas de los árboles caducos al crujir, al ser pegadas, crucificadas, asidas con pegamento sobre una página limpia de cuaderno escolar para cumplir la tarea que la maestra rubrica, señala, marca, enaltece con un MUY BUENO o con un SOBRESALIENTE.
Sí, tal vez, más probablemente, con una «S» mayúscula, con un sobresaliente que debería ser suficiente para exorcizar las iras de la madre del párvulo, para prevenir, para evitar los golpes de mujer a mujer, de madre a maestra.
Los golpes laicos, gratuitos y obligatorios.
La enseñanza cuyo principio fáctico puede resumir el refrán: «la letra con sangre entra».
Lo sabe la madre, el niño, la maestra y las altas autoridades de la república.

Pero volvamos a «muchedumbre»: un hombre solo es una muchedumbre (interroguen, si no, la obra del poeta portugués Fernando Pessoa), un hombre solo es todo lo que fue, todos los hombres que fue y su memoria acarrea penosa dentro de sí, de aquí para allá, con esfuerzo, o que se aprietan y adensan en el cuerpo cuando se acuesta a dormir y no duerme, cuando el

sueño no llega, pues no puede repartirse entre tantos seres invisibles que fueron y son él mismo, en tantos goces, duelos y quebrantos que coinciden en el mismo nombre y apellido, en la edad de sus órganos y en su parénquima.

Cada uno es una muchedumbre.

La turba, la multitud, la muchedumbre protesta, salta, arroja piedras, grita muda dentro de la piel, bien adentro del hombre solo.

Allá, en el fondo.

PALABRAS QUE CONTIENEN

«Taza» lleva la noche caliente y amarga del café al interior del cuerpo, para que amanezca.
«Taza» también conduce el otoño materno y dulce del café con leche a la niñez que crece en uno con los años, cuando ya «el sírvete materno no sale de la tumba» (Vallejo, «Trilce») y no es la hornalla, sino la calesita boba y absolutamente solitaria del microondas en medio del crepúsculo de la cocina la que entibia el líquido de la ilusión perdida.

La palabra «vaso», infinita en el agua buena, en el agua bendita, no por la señal de la cruz, sino por los filtros purificadores, tramposa en el agua contaminada de metales pesados y moléculas orgánicas metil cloradas, cancerígenos y lodos tóxicos, glifosato, agua que brota no de un venero, pozo o cachimba, sino del grifo y cae en la piel aviesa, rugosa y compleja del mundo de los hombres y su apuro.

La palabra «copa», cuyo vino recuerda la vida y la sangre de la última cena, cuya transparencia deja ver,

desnuda, la oscuridad de la muerte y el misterio de la resurrección en el mismo trago.

La palabra «botella», llena de *whisky*, miente una abundancia endeble, un remedo grotesco y vago de la felicidad que al cabo de unas horas deviene humor empañado, cefalea y grima.

Las palabras «cántaro» y «ánfora», cuyo sonido esdrújulo se bebe como música, cuya frescura rara y escasa se vierte, envasa y etiqueta en estos días, en alegres mentiras de plástico, en odres falaces de esta época.

La palabra «sueño» contiene el río de Heráclito en una sola noche.
Y la palabra «insomnio» lo vacía.

LO QUE FALTA

Dejó de llover cuando había comenzado a amar el agua.
¿Cuál es la palabra que falta en la noche?
Todo lo que vale el número cero y la cuerda para atar el cuerpo, para que no se aparte del alma y se meta en el hueco que dejó esa palabra que falta en la noche, para que no caiga, ciego, en el agujero, en el pozo abierto que quedó en la oscuridad del mundo como una «o» de un alfabeto donde las consonantes se tragan a las vocales y la «x» es un crucifijo caído, de lado, arrastrado camino al Gólgota.
Una rana, un pajarito, un hecho inesperado dentro de la mañana que nace, van a decir esa palabra.
Va a amanecer.
La ausencia brillará.
Será sol
todo lo que reluce.

DANCING DAYS

Nadie, que sepamos, nos invitó a la fiesta de la vida.
Suenan cumbias, tangos, merengues.
El rock de la cárcel y el suplicio luminoso del dúo
Erasmo de Rotterdam y Niccolo Maquiavelo.
Una orquesta, un contrapunto de misiles.
La danza es una forma de respirar con el cuerpo y sus
adentros.
La palabra «danza» da pasitos de *ballet* o de elefante
sobre el lomo húmedo de la lengua.
Nadie nos invitó a la fiesta de la vida.
Pero hay que bailar.

ETC

La palabra «etcétera» es un grifo, una canilla, una llave perpetuamente abierta.
De su boca de latín y acero abreviado en tres letras y un punto: «etc.», no solamente sale agua limpia, sale muchas veces agua sucia, agua contaminada con cianobacterias, con escherichia coli, con nubes fecales absorbidas en quién sabe qué gabinetes, cubiles o escalafones de la función pública y a veces privada; brotan culebras, ofidios inofensivos, pero pegajosos, líquidos, ideas sin sentido, lodo de cagatintas, linfa de menesterosos del verbo que mendigan en las esquinas del pasado por una hendija de luz para que alguien, un momento, se fije en su miseria, en su oligofrenia un poquito, un poquito al menos.
Pobres.
Los y las jefas los conminan a hacer las planas, los deberes. Les ordenan ser «malitos», cosa que ahora, en esta época, es la única forma de cumplir con el o la patrona y ser «buenitos».
La modernidad líquida baumaniana se sirve del etc.

Los «malitos» son «buenitos», cumplen con los mandados.

La palabra etcétera no deja de manar.
Nadie va a cerrar nunca esa canilla.
La humanidad precisa esos desagües: *ainda mais, and so on*, etc.
Tres letras de hierro templado y un punto que nunca
es final, un grifo de acero que inventaron los antiguos
romanos para emplear en las mansiones, en las calles,
en las letrinas públicas, donde se reunían los conjurados
y en los pasillos más cutres de los palacios opacos.
Si falta algo, pongan etcétera.

YO TAMBIÉN FUI CRÍTICO LITERARIO

Ah, la «envidia»: palabra, palabrita, de contenido biliar.
Dijo Rubén Darío: «bufe el eunuco».
Y a veces ni bufar puede, solamente dejar caer la baba,
un delgadísimo hilo pretencioso, inofensivo, blanduzco.

EQUUS

La «noche» no es una palabra: es una pradera donde pastan los sueños.
Ahora son las dos de la mañana.
La tropilla se espantó en la oscuridad.
Un potrillo desbocado anda buscando un monte donde volver a refugiarse, donde volver a encontrarse consigo mismo ahora, en esta noche de comienzos de julio. El caballo busca un remanso, un lugar de abrigo donde poder, calmo, en medio de la sustancia del frío, volver a pastar la certeza que perdió cuando el galope rasgó la tela del subconsciente, cuando escuché el relincho y me desperté, otra vez, solo en el mundo.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO II

«Música», como toda esdrújula, tiene una manera de vibrar en la lengua que agita la terminal de un nervio que comienza en un punto específico, equidistante de los bordes, a diez milímetros de las papilas gustativas que perciben el sabor dulce y se transmite —en la sinapsis, en el intervalo dendrita axón— hasta el extremo hundido en el cuerpo de las raíces del placer y del dolor que, como todo anatomista sabe, forman un mismo haz, un mismo paquete de cables vivos, nervios y vasos, un haz que se convierte en un tallo invisible, sale del cuerpo por la fontanela, abierta en los niños pequeños o ya soldada y cerrada en los adultos, en el centro del cráneo, haya pelo o no, la persona sea castaña, rubia, morocha o canosa; sale, crece, crece, se estira y llega a acariciar la piel de acné milenario que cubre la cara oculta de la luna en el solsticio de invierno.

«Luna» es una palabra esdrújula. Sí, aunque no lo parezca.

Solo que a «luna» le faltan las letras de un sonido al final, le falta la cauda o esta es, como lo esencial, invisible a los ojos.

Y, en el cuerpo de la palabra «luna» no se advierte, por

transparente, porque es de vidrio, la punta de lanza del acento clavado en la antepenúltima sílaba, sobre la lengua de la «u» que deja ver la boca abierta de la palabra escrita.

La palabra «luna» no se está burlando, no saca la lengua de la «u» por mofa, por descortesía: le duele esa tilde invisible que se clava en la carne del sonido y también sufre por su cola silábica intangible.

La palabra «luna» gotea sangre de prosodia, llora por la «u» una música pura, herida de oscuridad y viento.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO III

La palabra «difícil» es de las más transparentes y obvias.
La palabra «fácil», en cambio, es de las más difíciles de lograr.
«Fácil» es como una botella que contiene el agua
más pura del mundo. Pero para alcanzar esa pureza
el camino es largo, repleto de peligros, abismos y
tentaciones dantescas.
La palabra «fácil» me da sed.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO IV

Decir «zoológico» es una pícara bestialidad humana.
Ni es «logos» del «zoo» ni es lógica animal, lógica del reino animal.
La palabra «zoológico» es ilógica.
O, más bien, posee una lógica perversa, la lógica de un animal que se torció y se torció y se torció hasta hacerse bípedo y en esa verticalidad encontró la «gracia» del adjetivo «implume».
Así, «bípedo implume» devino una suerte de descripción sarcástica de «hombre» (ver entrada para «hombre» en este mismo diccionario) hasta que un filósofo cínico deshojó un pollo cacareante como los sofistas del ágora, lo desplumó como una margarita sin decir «me quiere mucho, poquito y nada», lo deshojó sin piedad y lo arrojó en medio de una ronda de socráticos y algún presocrático que había permanecido entre bostezos, perezoso y distraído.
Bípedo implume, hombre, animal vertical, cuya naturaleza zoológica presenta una ilógica, un silogismo de «pie quebrado» o torcido para siempre por las fiebres de la razón, por la peste bubónica del cavilar oscuro y la sangre espuria que corre en el silencio de quienes

ni puedan cantar como un pájaro ni devorar como un tigre, pues no les alcanza la voz y pierden, demasiado pronto, incisivos y caninos, molares y premolares. Así, en esa condición inerme, permanece acostado, sentado o de pie, bípedo implume.

APUNTES PARA UN DICCIONARIO V

«Nada» es una palabra tan repleta de significado que su referente desborda de las letras que la sostienen en el espacio del lenguaje.
Sobre el sentido caen y se estrellan diminutas gotitas vacías, salobres, transparentes.
Lágrimas, digamos.
Llovizna existencial.

ASTRONOMÍA ÍNTIMA

Amanece en el planeta.

Que amanezca dentro
de cada uno
es cuestión de deseo
de ganas:

el sol invisible, el sol
interior
pesa más que la galaxia
y da más luz.

ENTRA EL SÁBADO EN LA CASA DEL ESPÍRITU

«Perdón» tiene una letra más que «rencor». Ambas palabras muestran seis letras, pero «perdón» guarda una letra invisible, poderosa, plena.
La letra no aparece en el vocablo, está escrita en el aire de la respiración, es un relámpago mudo, un milagro vocal o consonante, una piedrita de luz.
Hay que saber escuchar.

LA FIESTA RARA

Algo en la palabra «sacrificio» pesa, une el sonido al centro de la Tierra, hunde cada sílaba en la oscuridad que todo ser humano lleva a la vista u oculta en alguna parte.
Pero otra línea vertical sube desde la palabra «sacrificio» al torso del cielo, lo atraviesa como una lanza y del costado abierto brota agua limpia, viva, algo que se bebe con la sed del cuerpo entreverada con la del espíritu.
Ambas son una sola.
El misterio también es alegría.
El sacrificio, otro modo de la felicidad.

LOCUCIONES

«¿Quién me iba a decir que el destino era esto?».
La pregunta puede leerse en uno de los Poemas de la oficina de Mario Benedetti, escritos y publicados a mediados del siglo pasado.
Y viene a cuento porque agosto trajo una parte rota de destino que definitivamente no encaja con las otras partes.
El destino es así: un puzzle cuyas piezas de bordes romos no están bien diseñadas, queda una separación, una grieta, una luz oscura entre una parte y otra del mosaico.



Colección
Lima Lee

